

Mala ó buena, la puso en nuestra mano.

Di, ¿quién te estorbará el serrey, si vi-
Sin envidiar la suerte de los reyes, [vi-
Tan contento y pacífico en la tuya,

Que estén ociosas para tí sus leyes,
Y cualquier novedad que el cielo influya
Como cosa ordinaria la recibes?

II.

Ni opinion, Cárlos, ni esperanza fundo
En los aplausos que el favor derrama;

¿Quién los aprueba ó sus lisonjas ama,
Por más que en bronce las escriba el mun-

Si, rotas por el tiempo vagabundo, [do?
Muere el hombre otra vez cuando su fama,

¿Son más que esfuerzos de una débil lla-
Que turbia cesa en el morir segundo? [ma,

Y si el no conocerse es el abismo
De todo error, y cunde sin mudanza

Una vez en los ánimos impreso,
¿Buscaré mi verdad en mi alabanzas

¿Cuándo has visto volver con buen suce-
A quien se busca fuera de sí mismo? [so,

III.

«Dime, Padre comun, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia

Que arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?

»¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
Hace á sus leyes firme resistencia,

Y que el celo que más la reverencia
Gima á los piés del vencedor injusto?

«Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inicas, la virtud gimiendo

Del triunfo en el injusto regocijo.»

Esto decía yo, cuando riendo
Celestial ninfa apareció, y me dijo:
«¡Ciego! ¿es la tierra el centro de las al-
[mas?»

CONDE DE VILLAMEDIANA.

DIÁLOGO ENTRE PLUTON Y AQUERONTE.

Pluton.

¡Hola, barquero! ¡Rígido Aqueronte!
¿Cómo no me respondes?

Aqueronte.

¿Quién me llama?

Pluton.

Apareja tu barca, en órden ponte;
Que previene tus dichas hoy la fama.
De Filipo Tercero la alma pura
El mártir cuerpo deja en su real cama,

Y á los Eliseos campos se apresura.
Bien es que para rey tan soberano
Determines limpiar barca y figura; [no,
Y aunque excusar horrores será en va-
De las estigias aguas mando y quiero
Que le muestres camino más que humano.

Aqueronte.

Obedecerte, gran Pluton, espero;
Mas advierte que vives engañado,

Por ser en todo rey y ser postrero
En saber de las cosas del Estado.
Ese que tienes tú por gran monarca,
Viviendo no fué rey sino pintado.
Su confesor, su duque y patriarca
Reinaron, y otros gatos de doblones;
Y él, de corrido, se entregó á la Parca.
Murió, cual Jesucristo, entre ladrones,
Que le hicieron reinar por alimentos
Y aprender el oficio en los millones.
Esos le trastornaron sus intentos,
Y tambien le negaban lo que via,
Construyéndole así los pensamientos.
El confesor, que de latin sabia
Méno que de la ciencia de la cuba,
A diestro y á siniestro le absolvía,
Y asentó por cofrade de la uva,
A costa de Felipo cada noche.
— Jusepa baje y Amarilis suba.
Vengan los comediantes en un coche.
Llévese á aquestas damas la litera,
Y ande la procesion á troche y moche.
Venga don Pablo con su caballera,
Tornarémos á Nápoles á Osuna;
Que él hará la razon adonde quiera.
Hinojosa que calle me importuna;
Callemos, pues que trajo las riquezas
Que halló en Italia, sin dejar alguna.
Peligro corren hoy nuestras cabezas;
Porque está Calderon muy apretado;
No lo hagan noche con doradas piezas.
Ea, Pablos, el sábado ha llegado;
Secretarios, oidores, contadores [do?
¿No os contribuyen con lo que han hurta-
Tapia, Angulo y Bonal son los mejores,

Soria y Gamboa vengan luego á cuenta,
Y no se nos levanten á mayores. [ta
Venga Ruiz de Contreras, el que inten-
Aquello de las Indias. ¡Linda hazaña!
Ese ha de hacer famosa nuestra renta.
Ea, venga Tobar. Démonos maña. [dos;
¿Hay quien quiera obispar? Vengan duca-
Que así obispan los asnos en España.
Jubilemos á todos los letrados,
No entiendan nuestras trampas é inven-
[ciones;
Mas dejemos agora esos cuidados. [nes;
¿Hay pleitos en la corte?— Eso á millo-
Uno de una nariz, que dió en poeta,
Nos quiere calumniar las intenciones.
Y eso es porque los de la otra seta
Son muchos; no podrá evitar el daño.
Anunciábalo el rabo en la cometa.»

Pluton.

¡Válgame Proserpina! ¡Caso extraño!
¿Que de esa suerte el santo Rey vivia
En tan profundos términos de engaño?

Aqueronte.

Sí, Pluton; que esta gente le traia
Con astucia notable embelesado,
Sin dejarle gozar lo que tenia;
Pero el cuarto Filipo, que ha heredado
El divino valor, el santo celo,
Que no pudo su padre ver logrado,
Las acciones imita del abuelo;
Y con real corazon, libre y brioso,
Muestra la luz que le concede el cielo,
Bien que le ayude un pecho generoso

De algun claro é ilustre entendimiento,
Regido por su ingenio venturoso.

Descartérese ya todo jumento;
Que no es razon presida en el Senado
Un monacillo fondo en paramento. [do;
Nuevo ser cobra España, nuevo esta-
Y advierte que es el punto verdadero,
Invencible Pluton, lo que he contado.

Pluton.

¿Quién te lo dijo?

Aqueronte.

Confesarlo quiero.
Cuando aquestos de atrás, que he referi,
Y otro padre de Pablos, viejo entero, [do-
Para quedar á todos preferido,
Quebró la margarita luminosa
Que ilustraba su reino y su marido;
Cubriendo su maldad ignominiosa,
Despacharon tambien á los doctores
Que fueron faraútes de la cosa.
Uno destos, llorando sus dolores
En mi barca, pasando á ser objeto
De tus fieros tormentos y rigores,
Todo me lo contó el doctor discreto.
Yo dije que su muerte bien le estaba,
Pues no había de saber guardar secreto.
Todo lo que despues acá pasaba
Me lo contaban almas cada día,
De las que á tus cavernas trasladaba;
Pero, Pluton, á prevenir envia
Que se abran las puertas de diamante,
Por donde el paso á los Eliseos guía.

Pluton.

¿Llega Filipo ya?

Aqueronte.

Pasa adelante.

SONETOS.

I.

»Oiga, Jusepa, y mire que ya pisa
Esta corte del Rey; cordura tenga;
Mire que el mundo en murmurar se ven-
Y el tiempo siempre sin hablar avisa. [ga,
»Por esta santa y celestial divisa, [ga,
Que de hablar con los príncipes se absten-
Y aunque uno y otro duque á verla ven-
Sumarido no más, su honor y misa.» [ga,
Dijo Morales, y rezó su poco;
Mas la Jusepa le responde airada: [co!
»¡Oh! lleve el diablo tanto ¡guarda el co-
»Mal haya yo, si fuere mas honrada.»
Pero como ella es simple, y él es loco,
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.

II.

Doce cornudos, digo, comediantes,
Que diz que todo es uno, y otra media
Docena de mujeres de comedia,
Medias mujeres de las doce de *antes*:
Tropa de feligreses y de amantes,
Con que su amor con otro amor remedia,
Iban acompañando la tragedia
Del yerno de Avicena y de Cervantes.
Era Marimorales de la boda,

Y con razon, dignísima madrina;
Por ser de mozas y cornudas toda.
Aprenderá su ahijada la doctrina;
Que fácil á ser moza se acomoda
La que su amor á comediante inclina.

FELIPE CUARTO.

SONETO.

Es la muerte en efecto poderoso,
Firmé su proceder mal entendido,
Amada de Mitrídates vencido,
Temida de Pompeyo poderoso.

Es la muerte un antídoto dudoso
Al veneno del mísero rendido,
Que de propias desdichas sacudido,
Libra en eterno sueño su reposo.

Puerto donde la nave, combatida
De la saña del mar contrario y fuerte,
Piensa tener propicia la acogida

Es un bien no estimado, de tal suerte,
Que todo lo que vale nuestra vida
Es porque tiene necesaria muerte.

CÁRLOS DE AUSTRIA.

SONETO.

¡Oh! rompa ya el silencio el dolor mio,
Y salga deste pecho desatado;
Que sufrir los rigores de callado
No cabe en lo que siento, aunque porfio.
De obedecerte, Anarda, desconfio,

Muero de confusion desesperado;
Ni quieres que sea tuyo mi cuidado,
Ni dejas que yo tenga mi albedrio.

Mas ya tanto la pena me maltrata,
Que vence al sufrimiento; ya no espero
Vivir alegre; el llanto se desata,

Y otra vez de la vida desespero;
Pues si me quejo, tu rigor me mata,
Y si callo mi mal, dos veces muero.

JACINTO POLO DE MEDINA.

APOLO Y DAFNE.

Cantar de Apolo y Dafne los amores,
Sin más ni más me vino al pensamiento;
Con licencia de ustedes va de cuento.

¡Vaya de historia pues, y hablemos culto!
Pero ¡cómo los versos dificulto!

¡Cómo la vena mia se resiste!
¡Qué linda bobería!

Pues á fé que si invoco mi Talia,
Que no le dé ventaja al más pintado
Ya con ella encontré, mi Dios loado.

Señora doña Musa, mi señora,
Sópleme usted muy bien ahora,
Qu su favor invoco

Para hacer esta copla;
Y mire vuesarced cómo me sopla.

Erase una muchacha con mil sales,
Con una cara de á cien mil reales,
Como así me la quiero,
Más pulida y peinada que un barbero.
En esto que llamamos garabato
La gente de buen trato

Tenia la mozuela gran donaire:
Pudiera ser poeta por el aire.
Aquí es obligacion, señora Musa,
Si ya lo que se usa no se excusa,
El pintar de la ninfa las facciones,
Y pienso comenzar por los talones,
Aunque parezca mal al que leyere,
Que yo puedo empezar por do quisiere.
Y aunque diga el lector de mi pintura
Que del tronco se sube hasta la altura;
Que á nadie dé congojas
Que yo empiece la ninfa por las hojas,
Supuesto que son míos
Estos calientes versos ó estos frios;
Que el poeta más payo
De sus versos bien puede hacer un sayo.
Era el pié (yo le ví) de tal manera...
¡Vive Chipre, que miento; que no era!
Porque, por lo sutil y recogido,
Nunca ha sido este pié visto ni oído.
Era, en efecto, blanco y era breve. .
Oh, qué linda ocasion de decir *nieve*,
Si yo fuera poeta principiante!
Llevando nuestros cuentos adelante,
Y haciendo de villano,
Me pretendo pasar del pié á la mano.
Cuyos hermosos dedos....
Esta vez los jazmines se estén quedos,
Y pongámosles fines,
Enmendémonos todos de jazmines,
Y el que así no lo hiciere,
Y ser poeta del abril quisiere,
Probará de las gentes los rigores:
A fé que allá se lo dirán de flores.
Era, en fin, de cristal belleza tanta...

Mas no monda cristales la garganta,
Porque tiene la tal de bienes tales
Hasta tente garganta de cristales.
Era, al contrario, su boquilla poca...
Vamos con tiento en esto de la boca;
Que hay notables peligros carmesies,
Y podré tropezar en los rubies.
¡Epitetos crueles!
¡Qué cosquillas me hacen los claveles!
Porque á pedir de boca le venian.
Mas claveles no son los que solian,
Y en los lábios de antaño
No hay claveles ogaño;
Pero, para deciros su alabanza,
Conceptillo mejor mi ingenio alcanza,
Y tanto, que con otro no se mide:
Es tan linda su boca, que no pide.
Otro escalon subamos mas arriba,
Y mi pluma describa
Sus mejillas hermosas.
Jesús, Señor, ¡qué tentacion de rosas!
Qué notable vocablo!
Tentarme de botica quiere el diablo;
Apolo sea conmigo,
Y me libre de modos tan perversos.
Rosa? no por mis versos.
Vaya la rosa, váyase á la selva,
Sobre el prado se envuelva;
Porque pintar con rosas los carrillos
Eso llega á ser treta
De poeta de teta,
Y á la ninfa que pinto
A dos por tres cualquiera murmurara
Y le echara las rosas en la cara.
No quiero en las mejillas rosas bellas;

Que da cámaras solo con olellas.
Por eso de las rosas no me valgo;
Vayan las rosas á espulgar un galgo.
No las ha menester en las mejillas,
Porque, para decir sus maravillas,
Basta decir que están, por lo encarnadas,
Como de haberlas dado bofetadas;
Que este es el arrebol que las colora.
Sin duda las narices van ahora,
Cuyos bellos matices...
(Dios me saque con bien de las narices).
Tienen buen colorido,
Y aunque yo su medida no he medido,
Hablando por barruntos,
Calzará la nariz sus cinco puntos;
Que, ya por descarnada y por la hechura,
Tenia esta hermosura
(Si tengo de decillo)
Por narices el miércoles corvillo.
Ahora falta lo mejor de todo:
Los ojos van ahora.
Yo seré un tal por cual si digo aurora.
Ténganme por un ruin si digo albas,
Y por poeta que nació en las malvas.
Los luceros también ya se acabaron;
En materia de ojos espiraron
Modos tan lisonjeros;
Tenga Dios en el cielo á los luceros;
Que los ojos de Dafne, por mejores,
Azabache *me fecit*, mis señores.
De la Etiopia son sus niñas bellas;
Mas ¡qué temieron que dijera estrellas!
Paso adelante, y dejóme las cejas,
Aunque son extremadas;
Dénlas vuestas mercedes por pintadas,

Pues no es fuerza que yo lo pinte todo,
Y ahora ignoro el modo
De dibujar su exceso,
Y dén gracias á Dios que lo confieso;
Que pudieran, y es fácil encontrasen
Con poetas que no lo confesasen.
Componiendo las tres ánades, madre,
A la frente he llegado;
¡Gracias á Dios! que ya las he cantado,
Y que las desdichadas
Una vez ha salido de cantadas.
En fin, tarde ó temprano,
Ya la frente tenemos en la mano.
Díganme: Dios te ayude,
Aunque lo quiten cuando yo estornude;
Que hay su dificultad en lo que digo.
Vaya el lector conmigo,
Y si no quiere ir, que nunca vaya;
Que, en efecto, hace raya
A cuantas frentes hay la frentecilla.
Ya me obliga á decirle *maravilla*
Por solo el consonante,
Y por lo mismo la diré *diamante*.
Cuantas frentes yo he visto y cuantas
No son á su zapato; [trato
Porque la dicha está limpia y serena,
Con sus ciertos humillos de azucena.
Dije azucena; en fin, no pude ménos;
Que el concepto me vino de paleta;
Y así, ningún poeta,
Aunque sea el mejor de los mejores,
Diga: «No beberé de aquestas flores.»
Llevaba su perico, y bien arguyo,
Que no es poca alabanza decir suyo;
Que hay perico tan vano, que blasona

Que desciende de un muerto su persona;
Y es esto de manera,
Que, llegándome á ver una mollera,
Me dió un tufo de *kyries* el cabello,
Con ponerme de léjos para olello...
Y de responsos rancios y podridos
Saqué encalabriados los sentidos;
Mas, como la piedad en mí no falta,
A su lado me puse, y en voz alta
A todos les suplico
Que dén para enterrar aquel perico.
Era la ninfa como se lo cuento
Y al modo que mi pluma la retrata.
¿Quién le quita, si es bella, ser ingrata?
Como quitarlo del altar sería:
Tuvo una condicion como una tia.
Pudiera un ermitaño, si quisiera
Pasar áspera vida y muy austera,
Buscando el mejor modo y el más cierto,
Irse á su condicion como á un desierto;
Que tuvo esta hermosura
Una madrastra en cada mirada.
Valia para suegra lo que pesa,
Y era otro tanto oro,
Al decirla cualquiera «Yo te adoro»
La respuesta que daba
Solo con las palabras arañaba,
Y en una razon suya, y no es exceso,
Yo vi rallar un queso.
No supo más de amor que aquella peña:
¡Hi de puta, qué arisca y zahareña!
Si alguna, que le rinde su albedrío,
Le dice: «Dueño mio,
Pues llegue á ver tus ojos, soy felice;»
No dijera un sierpe lo que dice,

Respondiendo al que llega
Como una labradora que es gallega.
A este Neron de nieve,
A esta suegra de rosa,
A esta cruda niña,
A esta hiel y vinagre con basquiña,
A este tigre encarnado,
La vió un dia, saliéndose hácia el prado,
Apolo, un jovenete
De estos de guedejita y de copete,
Que, en vez de los cabellos, oro peina.
Pudiera ser querido de una reina;
Mozo muy bien nacido, ⁶
De solar conocido,
Y que viene de buenos...
Mas ¿linajes ajenos
Me pongo á averiguar? ¿Qué desvarió!
Y si hay quien quiera averiguar el mio,
¿No me ha de dar enojo?
Así como la vió, llenóle el ojo,
Y de verla se arroba,
Y quedósele el alma hecha una boba;
Los ojos boquiabiertos,
Que con ellos no chista;
Muy adrede la vista,
Que le dejó aturcidos
Con un zas de belleza los sentidos.
Ménos admiraciones.
De *dominus vobiscum* las acciones,
Cargado sobre un pié, y el otro alzado,
Y puesta á lo de paso comenzado,
Columpiándose el cuerpo con vaivenes,
A lo de vas ó vienes,
Muy indeterminable de estatura,
Y puesto de opiniones la postura,

Sobre si ha de llegar ó no llegarse,
Comenzó don Apolo á desbarbarse;
Y de tanta hermosura satisfecho,
Dijo en su corazon: «Aquesto es hecho;
Esta rara belleza
Será mi quebradero de cabeza.»

Ibasele acercando el mancebito,
Haciendo con la boca un pucherito,
A medio declararse con la risa,
Pronunciando jalea y canelones,
Que pudieran beberle las razones;
El gesto con agrado
De los que llegán á pedir prestado;
Zalamero el semblante,
Como con su doctor un platicante;
Y llegándose más á su presencia,
Con la cara de oír de penitencia,
Y el rostro tan indino,
Que parecía amante capuchino,
Con retórica sábia,
Que tenia el mozuelo buena labia,
Comenzó el parlamento
Con lo de «mi atrevido pensamiento.»

Díjole: «Reina mía,
Aquí tiene un esclavo vuesoría;
Que esa rara beldad me ha cautivado,
Porque es el Barbarroja de este prado,
Y con aquestos brios
Es vuesarced cosaria de albedrios.
Muerto me tiene ya su rostro hermoso,
Porque es de cuanto ve roso y belloso,
Y á trueque que me mire (aquesto es cierto),
Yo me doy por bien muerto. [to]
Admita esta fineza;
Que en mí tiene un criado esa belleza;

Y ninguno más bien puede agradarle,
Porque tengo que darle;
Y haré que vayan, si es que no se enoja,
Por barquillos y aloja;
Que tampoco de balde no lo quiero:
Yo quiero que me cueste mi dinero.
Mi dinerillo es bien que me socorra,
No quiero amar de gorra,
Que es estarme cansando,
Y es amar *ad efesios* en no dando;
Que de que no se cogen hay certezas,
A bragas tan enjutas las bellezas;
Y ahorrando de razones,
Callen las barbas y hablen los doblones.

«Quiérame vuesarced, no sea perdida;
Que pasará una vida,
Si no es conmigo ingrata,
Con más comodidad que una beata.
Y si no me tratare con desprecio,
Pasará una vida como un necio.
Quiérame vuesarced, y no sea avara,
Que también tengo yo muy buena cara.
Vuélvase cara á mí, porque le cuadre,
No han muerto aquí á su padre ni á su madre.»

Esto le dijo Apolo á espaldas vuelta; [dre.
Pero ella, muy resuelta,
Revolviendo la cara con asombro,
Y puesta de *Agnus Dei* sobre el hombro,
Cejando atrás la vista,
Facinerosa de ojos y semblante,
Miradura matante,
Dijo, como si fuera un enemigo:
«Galan, ¿habla conmigo?
¿De cuándo acá conmigo en esos puntos?
Diga, ¿en qué bodegon comimos juntos?»

¿Cómo me dice á mí esas picardías?
¿Hame visto en algunas puterías?
Miren con qué nos viene.
Si por otra me tiene,
Vaya á buscarla y diga su fineza,
Y no me esté quebrando la cabeza,
Ni con ese su amor me descalabre;
Llame á otro amor, que aqueste no se
Mire no me amohine, [abre,
Y que soy no imagine
Ninfa de por allí ni de mal pelo;
Vaya á querer al horno de su abuelo.
¿No hay más sino, perdiéndome el deco-
Entróme acá, que adoro; [ro,
Y venir estirándose de ceja,
Con sus once de amor, como de oveja?
¡Qué cosas tan donosas!
¡Amiguita soy yo de aquesas cosas!
Que vendrá por amor, y si me enfado,
Volverá trasquilado
Miren con quien se toma;
Señor Apolo, yo, horro Mahoma,
Y no hay amor que tenga.»
Enfadábase Apolo de la arenga,
Y viendo tan esquivo lo que adora,
La dijo: «Mi señora,
Dejémonos de cuentos;
¿De qué nos sirven tantos espavientos?
Usted me ha de querer cuadro ó no cua-
Omire en qué hora la parió su madre [dre,
Dejarme de querer será cansera, [ra.
Usted me ha de querer, quiera ó no quie-
No con miquis aquesas zangas mangas;
Haga un amor de haldas ó de mangas,
Y el amor, mi señora, en paz tengamos.

Parece que jugamos,
Pues á fé, si me enojo,
Pues á fé, si la cojo,
Que yo la haga querer á más de paso.
Vamos, señora, al caso;
Que usted no me conoce,
Y por muy ménos de esto lo echo á doce;
Que soy la piel del diablo.
Diga, ¿empieza á quererme? ¿Con quién
¿Somos aquí ó no somos? [hablo?
Vive Chipre, que trata de dar cómo.»
Dafne le respondió, muy alentada:
«Ya he dicho dos mil veces que me enfa-
Y con todos sus fieros y su enfado, [da,
No tendré más amor así que asado;
Porque doncella soy, y soy bonita.»
Mas Apolo replica:
«¡Doncella! ¿Cómo tal? ¿Querer es eso!
Vaya á otro perro usted con ese hueso,
Mas no á mí, que las vendo.»
Y diciendo, y haciendo,
Embistió por un lado.
Ella, viendo el negocio mal parado,
Las lió (como dicen los vulgares),
Sin esperar á dares ni tomares:
Piés puso en polvorosa,
Y exhalacion corrió de nieve y rosa.
Pesia tal, y ¡qué lindo verso he dicho!
¿Es barro aquesta frase?
Ya soy poeta de primera clase;
Pues digo rosas y hablo primaveras,
Que también hablo yo muy bien de veras,
Y hace muy mal si alguno no me alaba.
Iba la ninfa que se las pelaba, [ron,
Y mil que entienden destó, y que la vie-

Unánimes dijeron:
«Como un caballo vuela;»
Digo, que era una Ninfa Valenzuela.
A puto el postre Apolo la seguía,
Y á voces la decia:
«Detente, fugitiva de mis ojos.
Mira que vas descalza y hay abrojos;
Y maltratando vas tus plantas tiernas,
Y se te ven las piernas,
Que son para doncellas desacatos.
Toma, que aquí te traigo unos zapatos.
Mas ¡ay! que á ser ingrata te resuelves,
Pues á un toma no vuelves.
No eres mujer sin duda,
Si un toma no te muda;
Pues, ¿quién con una manda
Su dureza no ablanda?
Que es catálogo hecho en cualquier cosa.
No es posible que, dándote, no quieras.
Unas enaguas te daré, de veras,
Con que salgas al prado de mañana,
Y en viéndote un poeta tan galana,
Preguntará: «¿Quién es esta señora?»
Y el mismo se dirá: «Será la Aurora;»
¿Quién había de ser cosa tan bella?
O es en chapines bajos una estrella.
¿Qué de cosas te pierdes!
Si me adoras daráste lindos verdes,
Y el mejor ha de ser que no te guarde,
Y dejarle salir mañana y tarde.
Con esto no es posible que estés sorda.
Mucho holgara esta vez que fueras gorda,
Por poder alcanzarte.
Mucho corres, pues no te alcanza un dar-
Detente, fugitiva, [te,

Tente, rosa con pies y nieve viva;
Que eres, por lo veloz y por lo breve,
Mala nube de nieve,
Osmeta de marfil ó de azucena,
O corres con las zancas de una pena.
Mira que soy prudente, ninfa, tente;
Y claro está, pues doy, que soy prudente.
¿Cómo tan sorda estás á mis razones?
¿Cómo tan sorda estás á mis doblones?
Siendo yo tan discreto,
Escúchame siquiera este soneto.
Ea, detente, ninfa de mi vida,
Que tengo el alma por tu amor perdida.
No me dejes, ingrata é importuna,
Siendo sol, á la luna;
Siendo día, á la noche;
Mira que soy hermoso y tengo coche.»
Coche le dijo apénas,
Cuando, corriendo como Dafne iba,
Volvió la cara, un poco compasiva,
Y dijo sin pararse:
«Pues no me paro á coche, no hay can-
Un imposible labra, [sarse:
Atrás no ha de volverse mi palabra,
Y ha de cumplirse, si una vez lo dije, [je.
Aunque aquesto del coche es quien me affi-
«Mas aunque rabie y muera, tijeretas.»
Con esto apretó Apolo las soletas,
Y pescóle el coleteo, aunque no quiso.
Ya el so letor verá que aquí es preciso
Que Dafne diese ahullidos,
Mil voces y gemidos:
Díolas en fin, que se desgañitaba,
Mas yo no quiero darlas, si las daba.
Paso adelante y déjome de voces;

Que aunque estoy en la silva ó en la selva
No es justo que á dar voces me resuelva.

En fin Dafne las daba,
Y dada al diablo con Apolo estaba;
Y de enojo impaciente,
Dióle un bocado y apretóle el diente.
Escocióle el bocado, á lo que entiendo,
Porque Apolo le dijo muy gruñendo:
«Suelte la disoluta,
Vaya al diablo la hija de la puta;
¿Ella sabe á quién muerde, á quien enfa-
Á fe, que si le doy una puñada, [da?
Que yo haga que de mí se acuerde.
¡Pésia con la bellaca, cómo muerde!»
Y al punto le replica la señora:
«Como no diga zas, déla en buen hora;
Que no se me da un sastre de sus fieros;
¿Piensa que trata aquí con sombrereros
O alguna gentecilla semejante?
Lindo escorrozo tiene el muy bergante.
Si es que intenta mi ofensa
Porque me ve mujer, muy mal lo piensa.
Ráigansele del casco esos intentos,
Que me vuelvo laurel y no hay máscuen-
[tos.»

Pues dicho y hecho fué como lo dijo.
Sin que supiese Apolo
Cómo ni cómo no se convertia,
Que mil cruces de verla se hacia;
Y viendo que la ninfa renegaba,
Y para lo del siglo se acababa;
Viéndola con los ojos laureados,
Y de laurel los dientes traspillados,
Cuando estaba cruel, ingrata y fiera,
En el último vale de madera;

Antes que diese con aullido ronco
La boqueada última de tronco,
Y ántes que diese el cuerpo trasformado
Al verde purgatorio de aquel prado;
Con las voces muy flacas y en los huesos,
Tono convaleciente y deslanguido,
A no estar en ayunas el gemido,
Tan metido en el centro,
Que parece que hablaba desde dentro,
La dijo en aquel trance, [ce
En vez de un «Dios te valga», este roman-

Romance.

«¡O qué verde necedad,
Ingrata Dafne, cometes!
Disparate de la selva
Será tu mudanza siempre.
»Ay mozueta boquirrubia,
Y ¡qué perdida que eres!
¿No sabes tú, cuitadilla,
Lo que en tu hermosura pierdes?
»Mira que dineros valen
Buena cara, y años veinte,
Y no quiero yo de renta
Mas raíces y mas muebles.
»¿Quién te mete en ser laurel?
Pues lo mismo en tí se puede
Salir al prado encarnada
Que estar en el prado verde?
»No hay sino vivir y ser
Apacibles con las gentes,
Y quédese lo sovero
Para un turco mata siete.
»Lo esquivo se usó antañazgo,
Y se usaban los desdenes

Cuando los cabellos rubios
Eran gala en los copetes.
»¿Eres tú jurisconsulto
Que ser alcalde pretende,
Y presenta por servicios
La condicion de una sierpe?
»Sea laurel quien gustare;
Que no es justo que te empeñes
En sazonar los pescados
Ni engalar escabeches,
»En victorias de aceitunas
Solo á ser corona vienes;
Gentecilla tan soez,
Que en zapateras se vuelven.
»Dirásme, desvanecida,
Que adornarás muchas frentes;
Pero un ciervo hace lo mismo,
Humánanse los laureles.»
Esto Apolo le decia,
Llorando de veinte en veinte
Las estrellas como el puño;
Y ella se estuvo en sus trece,
Y viéndola ya laurel,
Les dió á sus hojas crueles
Bula de absolver de rayos
Cuando los nublados truenen.

EPÍGRAMA.

Cristóbal Santo, una duda
Me tiene con grande asombro,
Viéndoos el mundo al hombro,
Que de verlo un hombre suda.
Aquesta mi duda es:
Decid, santo rubicundo,

Si llevais al hombro el mundo,
¿En dónde poneis los piés?

DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

RIESGOS DEL MATRIMONIO.

Sátira.

¿Por qué mi musa descompuesta y bronca
Despiertas, Polo, del antiguo sueño,
En cuyos brazos descuidada ronca?
¿No ves que el lauro le trocó en beleño,
Y que deja el velar para las grullas,
Y ya es letargo el que antes era ceño?
Pues si lo ves, ¿por qué gruñendo au-
Que si despierta y deja la modorra, [llas?
Imposible será que te escabullas.
Mira, que ya mi pluma volar horra
Puede, y que libre te dará tal zurra,
Que no la cubra pelo, seda ó borra.
Obligado me has á que me aburra,
Y que á tu carta, ó maldicion responda.
Sin duda ya la oreja te susurra.
¿He yo burlado á tu mujer oronda?
¿He aclarado el secreto de la penca?
¿Llevé tu hija robada á Trapisonda?
¿Quemé yo tus abuelos sobre Cuenca,
Que en polvo sirven ya de salvaderas,
Aunque pese á la sórdida Zellenca?
Pues si de estas desgracias verdaderas
No tengo yo la culpa, ni del daño
Que eternamente por su medio esperas;
Dime, ¿por qué con modo tan extraño
Procuras mi deshonra y desventura,
Tratando fiero de casarme ogaño?